

Presentación

Estudios feministas lesbianos y queer

Beatriz Suárez Briones¹; María Jesús Fariña Busto²

En medio del ruido y la furia de ciertos debates identitarios actuales en el seno de los activismos/teorías/estudios feministas y LGTBQ, este Monográfico pretende situarse y situarnos. Para ello, quizá deberíamos comenzar por el principio, si alguna vez hubo un principio³, e intentar aclarar como algunos conceptos clave de esos debates nunca serán iguales después de que el feminismo lesbiano y queer los haya abordado. No obstante, un sector importante del feminismo más modernista sigue comportándose como si esta parte de la historia del pensamiento feminista lesbiano queer que aquí abordamos no existiese y no haya tenido efectos sobre lo que y cómo pensamos el sexo y el género aquí y ahora.

El género es una categoría social que se impone a un cuerpo sexuado: y por sexuado vamos a entender muy concreta y unívocamente el cuerpo que tiene genitales que concuerdan con cualquiera de los únicos dos modelos representativos del cuerpo humano: dos morfologías que, de acuerdo con lo que Gayle Rubin (1975) llamó nuestro “sistema sexo/género”, se definen como “femenina” y “masculina”. Curiosamente, “femenino/masculino” son dos adjetivos ligados al género o que apuntan al género; sin embargo también se aplican al cuerpo sexuado, y por eso se dice que existen dos morfologías sexuales, femenina y masculina. Es decir, desde el mismísimo principio todo parece indicar que el “género” tiene un impacto directo en lo que pensamos sobre el “sexo”. Y por impacto directo queremos decir que el género es

¹ Universidad de Vigo.
bsuarez@uvigo.es

² Universidad de Vigo.
mbusto@uvigo.es

³ “Al principio, si alguna vez hubo un principio, todas las amantes se llamaban amazonas. Y vivían juntas, amándose, celebrándose, jugando, en aquel tiempo en que el trabajo todavía era un juego. Las amantes, en el jardín terrestre, se llamaron amazonas durante toda la edad de oro. Después, con el establecimiento de las primeras ciudades, un gran número de amantes rompieron la armonía original y se llamaron madres. Amazona tuvo entonces para ellas sentido de hija, eternamente niña, inmadura, aquella-que-no-asume-su-destino. Las amazonas fueron desterradas de las ciudades de las madres. Es en ese momento cuando se tornaron violentas y combatieron para defender la armonía. Para ellas el antiguo nombre de amazonas no había cambiado de sentido. Significaba ahora algo más: aquellas-que-guardan-la-armonía. Más tarde hubo amazonas en todas las edades, en todos los continentes, islas, banquisas. Es a las amazonas de todos los tiempos a quienes debemos haber podido entrar en la edad de gloria. Benditas sean.”. Así, como Amazonas, definían Monique Wittig y Sande Zeig a las lesbianas, las defensoras de la libertad de las mujeres –de “la armonía”, dicen en el texto–, las míticas feministas lesbianas de los orígenes (en *Borrador para un diccionario de las amantes*, pp. 13-14; en el *Borrador*, feminista y lesbiana son palabras fundidas en una sola: amazonas).

un gran constructor de sexo: el sexo se hace desde el género: lo que entendemos por género hace, construye, da forma a lo que pensamos sobre el sexo.

Esto ya lo señaló Gayle Rubin hace muchísimo tiempo y con la ironía que caracteriza su estilo de escritura:

“Men and women are, of course, different. But they are not as different as day and night, earth and sky, yin and yan, life and death. In fact, from the stand point of nature, men and women are closer to each other than either is to anything else –from instance, mountains, kangaroos, or coconut palms. The idea that men and women are more different from one another than either is from anything else must come from somewhere other than nature [...] Far from being an expression of natural differences, exclusive gender identity is the suppression of natural similarities. It requires repression: in men, of whatever is the local version of ‘feminine’ traits; in women, of the local definition of ‘masculine’ traits. The division of the sexes has the effect of repressing some of the personality characteristics of virtually everyone, men and women” (1975, 179-80).

Sexo y género están íntimamente relacionados, pero no porque uno sea “natural” y el otro la transformación de la naturaleza en cultura por la intervención humana. No: ambos son categorías culturales para describir y entender (es decir, son creaciones –se podría decir también que son fantasías y muchas veces también fantasmas– gracias a las que explicamos y aprehendemos) los cuerpos humanos, pero también nuestro psiquismo, nuestra relación con nosotrxs mismxs y con otrxs. El sexo y el género se solapan, casi siempre de forma enmarañada, desordenada y embarullada creando gran confusión y demostrando que no es sencillo, en absoluto es sencillo, separarlos como se separan dos cosas distintas: sexo y género forman una amalgama que es más bien mezcolanza, batiburrillo, revoltijo. Solo un ejemplo: lo que antes y hasta no hace tanto se llamaba una operación de “cambio de sexo” ahora se llama de “reasignación de género”. En fin, que todo apunta a la consideración que tenemos en las sociedades contemporáneas de la inestabilidad del cuerpo humano, de su maleabilidad y aptitud para la reinención sea a través del uso del vestido, de la autodisciplina corporal, de sustancias químicas o de la cirugía.

Judith Butler, en aquel ya también lejano y productivísimo *Gender trouble*, mantuvo que el género es una –y tal vez la primera– de las formas simbólicas por la que, en nuestras sociedades humanas, se nos considera (o no) adecuadamente humanos; que el género exige repetición y actúa sobre el cuerpo creando la ilusión de un yo “ya y desde siempre” generado:

“gender is an identity tenuously constituted in time, instituted in an exterior space through a *stylized repetition of acts*. The effect of gender is produced through the stylization of the body and, hence, must be understood as the mundane way in which bodily gestures, movements, and styles of various kinds constitute the illusion of an abiding gendered self” (1990, 40)

El género no es una identidad que somos y expresamos natural y espontáneamente, sin ninguna mediación, sino que es algo –un modo de ser y de (re)presentarnos en el mundo– que hay que adoptar, una imposición que nos permite amoldarnos a lo que se espera que seamos, una exigencia externa que debemos cumplir para encajar

en uno de los dos únicos moldes que se nos presentan (femenino/masculino; mujer/hombre), mandato cultural que, efectivamente, cumpliremos con mayor o menor éxito, con mayor o menor conciencia de la imposición. Pero el mandato de género es incapaz de borrar al cien por cien su calidad de orden, de mandamiento: en la incomodidad del formato y de sus efectos percibimos su carácter obligado y obligatorio: como sostuvo Butler, para ser adecuadamente humanos los humanos hemos de ser y estar adecuadamente generados. Este “adecuadamente”, por supuesto, depende de la cultura y el tiempo que nos toque vivir, del dónde y del cuándo. De lo que Teresa de Lauretis (1987) llamó “tecnologías de género”, que se nos imponen a través de muy distintos y heterogéneos discursos, que van desde la cultura de masas –la moda, el cine, la literatura, la publicidad...– a los discursos pedagógicos, legales, morales y médicos. Pero antes que nada, y sobre todas las cosas, el género se impone a través del lenguaje. Con señalar que se dice que nuestra lengua usa el “masculino universal” queda todo dicho sobre la medida de lo humano también en el lenguaje. La multiplicidad y disparidad de lugares y discursos de imposición del género interactúan unos con otros logrando, finalmente, lo que Chantal Mouffe llamó “efecto común”: crear “mujeres” y “hombres” siempre de una manera jerárquica y asimétrica. Aceptar llamarnos –o seguir llamándonos– “mujeres” es, como sostuvo tan lúcidamente Monique Wittig, aceptar esta jerarquía y mantenerla. Al instalar este binarismo básico en lo más profundo de nuestro in/consciente, la heterosexualidad impone su gramática de género y sexo, un sistema semiótico que convencionalmente asigna a las mujeres una identidad solo en relación con los hombres (y viceversa, pero, claro, según la jerarquía de sujeto/objeto; uno/otro; superior/inferior; mejor/peor; deseable/indeseable; amo/esclavo, etc. donde “hombre” ocupa el lugar privilegiado del par y “mujer” viene siempre después de la barra).

Y género y sexo están tan íntima e inextricablemente ligados que, para Wittig, la negativa de las personas homosexuales “to become (or remain) heterosexual always ment to refuse to become a man or a woman, consciously or not” (1992:13). La intención de Wittig, a la que hay que seguir escuchando y de la que hay que seguir aprendiendo siempre, fue empujar hasta el límite, para desmoronarlas, las categorías binarias a través de las que la identidad se ha entendido, construido e impuesto por “la mente heterosexual”: su llamamiento es a desentramar identidad y género y crear nuevas posibilidades para la identidad y la subjetividad y crear, por lo tanto, nuevos sujetos. Para Wittig es posible “[o]tro modo de ser humano y libre. / Otro modo de ser”, como pedía la mexicana Rosario Castellanos en su poema “Meditación en el umbral”. Hay, efectivamente, un umbral de la identidad de sexo/género que Wittig como nadie nos propuso cruzar para desobedecer esta mortal lógica binaria. Toda su obra, en su conjunto, no ha hecho sino desobedecer el mandato de sexo/género. A esa desobediencia nosotras la llamamos “teoría queer”. Y pensamos queer en los términos que propuso, también hace mucho, Eve Sedgwick (1993, 8): “Queer can refer to: the open mesh of possibilities, gaps, overlaps, dissonances and resonances, lapses and excesses of meaning when the constituent elements of anyone’s gender, of anyone’s sexuality aren’t made (or *can’t* be made) to signify monolithically”.

Si hay algo que aprender de queer y usar como una herramienta de vida es su enfrentamiento frontal y sin ambages con el mandato de tener una (entre dos) identidad sexual: una, única, coherente, inmodificable, esencial. Queer llama la atención hacia el hecho de que las categorías identitarias son un instrumento de regímenes regulatorios, son su marca de la casa: categorías normalizadoras para crear sujetos

normales (en lo psíquico –individual– y en lo social –colectivo–). Ser “hombre”, ser “mujer”, ser “hetero”, ser “homo” solo sirve a los intereses de la heteronormatividad patriarcal, que produce un tipo de sujeto y normaliza su existencia. El efecto “fantasma” de la identidad lo llama Butler (1991), pero efecto a fin de cuentas: somos el resultado –nunca el éxito– que sobrevive tras pasar por la máquina trituradora de las opresivas estructuras de sexo y género.

Desobedecer y hacer preguntas incómodas a la norma, junto con la irreprimible tendencia a deconstruirla está en el ADN de nuestras comunidades de elección feministas y LGTBQ. Por ejemplo, en su texto clásico *Homos*, Leo Bersani se preguntaba:

“¿Un homosexual debe ser un buen ciudadano? Sería difícil imaginar una pregunta menos afirmativa de la condición gay en un momento en que gays y lesbianas tratan tenazmente de persuadir a la sociedad “recta” de que pueden ser buenos padres, buenos soldados, buenos sacerdotes. Aunque no considero ninguna de estas opciones particularmente estimulantes, no hay duda de que debemos defender los derechos de la gente a adherir a cualquier causa digna o indigna que la inspire. Y no obstante, dado el furor por la respetabilidad tan visible hoy en la vida gay, pueden generarse algunas fricciones útiles –y como resultado algunas ideas útiles– si se cuestiona la compatibilidad de la homosexualidad con el servicio cívico” (1998: 135).

Solo podemos concebir la militancia/Teoría/Estudios feministas y LGTBQ viiendo, pensando, imaginando fuera de la ley. Y, sobre todo, de la Ley. Crítica y autocrítica construyen siempre la historia de los movimientos sociales. Tensiones intelectuales y políticas, teóricas, epistemológicas y prácticas; emergen nuevos sujetos y nuevos discursos que los visibilizan, incluso se crea todo un nuevo vocabulario que cambia considerablemente nuestra forma de pensar(nos) y de decir(nos). Queer es quizá uno de los nuevos lenguajes más alternativos a las “viejas”, modernas (modernistas) epistemologías propias o adecuadas al siglo XX pero no a sus postrimerías y al siglo XXI.

A partir de los años 1960 y 1970 del siglo veinte triunfa una visión constructivista de la homosexualidad, íntimamente relacionada con la emergencia del movimiento de liberación lesbiano y gay. Pero también del movimiento feminista, del que el activismo lesbiano es inseparable. A partir de los años 1980 hay ya un inmenso trabajo teórico y de investigación sobre la identidad y las comunidades lesbianas y gay; mientras el movimiento lesbiano y gay y los Estudios lesbianos y gay ganaban respetabilidad y se hacían *mainstream* (todo lo *mainstream* que puede ser una minoría), se intensificaron las críticas a esa respetabilidad, sobre todo en lo que tenía que ver con la idea de una “identidad homosexual común”. La concepción (posmoderna, si se quiere) de la identidad como algo múltiple y fluido, de intersección de identidades, fue tremendamente productiva a la hora de abrir nuevas líneas de debate e investigación que, a su vez, abrieron nuevos espacios para la emergencia de nuevos sujetos: espacios (teóricos y políticos) y sujetos que nos obligan a cambiar nuestras posiciones de sujeto porque ellxs también somos nosotrxs: este nuevo escenario no soporta ya ni los discursos ni los sujetos de la mismidad o de las diferencias binarias. La plasticidad y fluidez de la sexualidad y de la identidad sexual plantea retos que no pueden negarse u obviarse (en)cerrando, clausurando discursos y sujetos. Porque

en el fondo lo que se está jugando aquí es quién cabe en nuestros activismos/Teorías/ Estudios feministas y LGTBQ, quién no cabe y queda fuera, quién está legitimadx y quién es ilegítimx en nuestros colectivos. Este es nuestro juego de tronos, un juego de hegemonía y poder que en el Estado español se ha movido larvado hasta estallar en un conflicto muy concreto: el de quiénes somos (o no) mujeres que han planteado el Partido Feminista, la Iniciativa Feminista a nivel europeo⁴ y las feministas TERF a nivel planetario. ¿Y si de las peleas por la identidad pasamos a las alianzas estratégicas y políticas? Queer propone este movimiento. La identidad cerrada es una falacia intencional: no sigamos usándola. La identidad sexual no es innata, se crea en un contexto social; es la cultura la que crea sujetos sexuales, identidades sexuales, y una jerarquía alrededor de las nociones de normalidad y anormalidad de género, sexo y sexualidad. Queer es posmoderna y practica una crítica posmoderna al determinismo biológico y al esencialismo, y enfatiza la necesidad de una mirada permanentemente autorreflexiva y autocrítica en las cuestiones de género, sexo y sexualidad. Queer es deconstructiva: su crítica a las narrativas maestras deja a la vista, expuestos, los discursos falsamente unificadores del sujeto; a lo “universal”, otra falacia, prefiere lo “local”: las narrativas “locales” y los sujetos también “locales”, en coyunturas vivenciales marcadas por la variedad y la contingencia. Queer desarma el montaje identitario y el discurso de la unicidad, expone sus fisuras, las agranda, excavando en ellas; y por ellas se cuele de manera imparable la diversidad, la alteridad: los sujetos ubicados en un lugar y un tiempo, contextualizados y marcados por la especificidad de las circunstancias. Puede que exista a quien la variedad le dé vértigo, que asomarse a este escenario infinitamente abierto también se lo dé. Allá él, ella, él/la, el binarismo del patriarcado y del feminismo patriarcal (oxímoron inconcebible, pero criatura ideológica que las TERF han echado a andar como un nuevo Frankenstein).

Si las identidades y las experiencias pueden ser potencialmente multiplicadas hasta el infinito al mezclarlas con las potencialmente también infinitas matrices de las diferencias (sexo, género, raza, clase, edad, educación, capacidades, nacionalidades, ideologías, etc.), ¿tiene sentido seguir hablando de identidad con un discurso unifónico? Por otro lado, también nos hemos movido desde una concepción simplista a una compleja del cuerpo orgánico. No tenemos ninguna verdad a la que apelar para resolver los conflictos, sino teorías que tantas veces se impugnan entre sí en lo que respecta al papel de la biología, de la socialización y de la experiencia psíquica en la constitución del sujeto. Discursos abiertos, inestables, en contienda; ninguno puede cerrar o clausurar otros, porque de este intercambio aprendemos y desaprendemos, (nos) hacemos y deshacemos y rehacemos; en definitiva, creamos, pensamos, (de)construimos en coalición. Feministas lesbianas queer estamos fuera de la Ley, fuera del pensamiento de lo mismo; cruzamos las fronteras del binarismo para entrar en un territorio nuevo, desconocido y puede que inquietante, pero de este viaje personal y comunitario, individual y político no hay marcha atrás: llegadas a

⁴ Señalamos este debate concreto, que alcanza toda su crudeza y polifonía en las redes, solo a modo de ejemplo de las tensiones casi nunca amistosas que se producen cada tanto alrededor del sujeto “mujer” y del sujeto del feminismo. Para tener una visión más global de lo que está pasando en el Estado español, véase el artículo de Helena Sardá “Por qué el enfrentamiento entre el feminismo radical y el transfeminismo nos afecta a todas” (en www.codigonuevo.com, del 29 de noviembre de 2018), o el de Julia Serrano “Qué es ser mujer” (en www.rebelionfeminista.wordpress.com; 28 de agosto de 2018).

este cruce de caminos, en la encrucijada, la dirección que tomamos es la que apunta: “Hacia el futuro”.

Los artículos que integran este monográfico constituyen una pequeña muestra de las líneas abiertas en el ámbito de los estudios feministas lesbianos y queer. Presentan reflexiones, debates y acercamientos a textos y pensadoras que han contribuido de manera significativa a la teorización del feminismo lesbiano y han visibilizando, por un lado, las bases heteronormativas del sistema patriarcal y, por otro, la existencia y el activismo de las lesbianas en épocas y espacios geográficos y culturales diferentes. En su conjunto, ofrecen un recorrido que señala hitos teóricos importantes, así como también procesos de activismo sustentados desde esa teoría.

“Feminismos lesbianos queer: ¿utopía o distopía feminista?”, de Beatriz Suárez Briones, se plantea como “un recorrido por los hitos del pensamiento feminista lesbiano y queer que han venido configurando su reflexión y su activismo desde los años 1960 hasta hoy”, pero no siguiendo una línea cronológica, sino atendiendo a conceptos, problemas, diálogos entre planteamientos que pueden no ser estrictamente contemporáneos. El objetivo, muy meditado por la autora y según sus propias palabras, es “no dar una falsa impresión teleológica y de causalidad entre los textos y los discursos”. De acuerdo con tal criterio, el artículo examina la historia de las categorías sexuales con la voluntad de reflexionar sobre las políticas identitarias y reivindicar, finalmente, el “feminismo lesbiano queer” como expresión de autodefinition radical. Se cruzan en la argumentación las aportaciones de las pensadoras más sobresalientes de los estudios feministas lesbianos y queer: Judith Butler, Gayle Rubin, Monique Wittig, Eve Kosofsky Sedgwick, Esther Newton, Pat Califia, Judith Halberstam, Adrienne Rich, Charlotte Bunch, Teresa de Lauretis, cuyas obras forman ya parte imprescindible de la teoría contemporánea y configuran un *corpus* de conocimiento también imprescindible.

Una de esas figuras, la de Monique Wittig, referente esencial para la teoría feminista y la teoría feminista lesbiana, centra el segundo artículo: “‘Aquí y ahora’: la noción de contrato social en el lesbianismo materialista de Monique Wittig”, de Aránzazu Hernández Piñero. La autora se detiene, en este caso, en el rendimiento que la noción de contrato social (un concepto nacido del liberalismo político) le ofrece a Wittig para expresar “el carácter instituyente y tácito de la heterosexualidad” y para desentrañar cuáles son los términos de ese contrato para las mujeres. Esos términos son los de heterosexualización y de apropiación, sobre cuyo alcance se reflexiona para llegar al punto clave del artículo: el sentido que tiene para Wittig romper el contrato social heterosexual y el modo en que propone hacerlo. Y a la explicación de ese modo, en el que la apuesta por lesbianizar el mundo (entendiendo el lesbianismo como una práctica de libertad para el grupo humano mujeres) es fundamental, dedica Hernández Piñero el último apartado de su exposición, muy reveladora en lo concerniente a algunas cuestiones axiales del pensamiento de Wittig.

Por su parte, “El desafío violeta. Un camino de libertad”, de Gemma del Olmo Campillo, se ocupa de los debates, a veces disensiones profundas, del lesbianismo dentro del feminismo. En su exposición, Del Olmo se propone poner de relieve como estos debates, iniciados en los años setenta del siglo veinte, continúan vigentes en la actualidad, obviamente con facetas y matices distintos. Toma, así, primero, ejemplos de textos de Anne Koedt y del grupo Radicalesbians, exponiendo las profundas diferencias entre sus posiciones, y se mueve, a continuación, hacia los años ochenta, centrándose en la polémica entre Monique Wittig y Emmanuelle de Lesseps en la re-

vista *Questions Féministes*, y hacia los noventa con los planteamientos de Catherine Mackinnon y de Luisa Muraro. Como colofón a estos debates intensos producidos dentro del feminismo, la postura de la autora viene a ser que el desafío del movimiento feminista no consistiría únicamente en transformar las sociedades, sino en comprometerse con un modo de hacer política en el que las diferencias y la falta de unidad fuese considerada una riqueza y no un inconveniente, y en ese proyecto el lesbianismo tiene mucho que aportar.

Jules Falquet, en “Abriendo brechas en la heterocirculación de las mujeres, entre racismo y lesbonacionalismo: algunas experiencias lésbico-feministas en Francia”, ofrece ejemplos de experiencias lésbico-feministas en las que las intersecciones con la raza y la nacionalidad jugaron un papel significativo. El texto se organiza de acuerdo a un criterio cronológico, distinguiendo tres momentos y señalando las diferentes posiciones que marcaron cada uno de ellos: la no-mixidad, es decir, iniciativas de lesbianas racializadas, en el primer período (1999-2005); proyectos racialmente mixtos, ligados en parte a la Academia y a grupos de apoyo a migrantes, en el segundo (2005-2010), y, por último, entre 2011 y 2016, movimientos críticos con las políticas migratorias que fomentan la heterocirculación de las mujeres. Al hilo de este tercer momento, Falquet desarrolla también la noción de lesbonacionalismo, buscando reflexionar críticamente sobre algunos comportamientos clasistas e islamofóbicos que se dieron dentro del movimiento lésbico y feminista francés. El artículo posee el valor añadido de que, a la reflexión académica, se le suma un carácter testimonial, pues la propia autora del texto ha tomado parte en algunas de las iniciativas y polémicas presentadas, circunstancia que se afirma tanto como una ventaja cuanto como un reto, al resultar imprescindible encontrar la distancia justa, que está conseguida, entre experiencia y reflexión académica.

Si historiar constituye un proceso imprescindible para cualquier colectivo, en el caso de los colectivos marginados, silenciados o castigados, hay un plus de necesidad añadido y, como puede comprobarse, un cierto carácter historicista sustenta varios de los artículos presentados. También “*El beso deseado de tu boca. Nombres y voces para una genealogía lesbiana (España y Portugal, primeras décadas del siglo veinte)*”, de María Jesús Fariña Busto, cuyo título enfatiza el ámbito geográfico y cronológico referido. El artículo se organiza en dos apartados: uno más contextual, que se acerca a algunos espacios de encuentro intelectual, artístico y organizativo en los que muchas lesbianas tuvieron un protagonismo destacado, para observar cómo era enfrentado su lesbianismo tanto por ellas mismas como por quienes las rodeaban; y otro textual, que se detiene sobre todo en la obra poética de la española Lucía Sánchez Saornil y de la portuguesa Judith Teixeira. A través de sus textos, ambas autoras ponen en evidencia algunas de las estrategias de las que tuvieron que valerse las lesbianas para expresar su experiencia; una experiencia enfrentada con sospecha, con malestar o con abierto rechazo en el seno de la sociedad patriarcal, que, con mayor o menor alcance, penalizó siempre a las lesbianas que se atrevieron a vivir según sus deseos o a manifestarlos, con veladuras o sin ellas, en sus creaciones.

En el artículo de cierre, “Llámame Rey Bollero. Los talleres Drag King desde las voces del activismo lesbiano y queer español”, de Melani Penna Tosso y Yera Moreno Sáinz-Ezquerro, se ofrece una posible metodología para la realización de talleres donde trabajar performativamente la apropiación de la masculinidad hegemónica por parte de las lesbianas. Surgidos en Nueva York y San Francisco en los años ochenta del siglo veinte, los talleres Drag King poseen una potencialidad paró-

dica y política que es la que exploran las autoras mostrando las múltiples piezas de un diseño que parte de la investigación práctica con grupos de activistas lesbianas y queer del estado español. Se trata de valorar la capacidad de subversión social de estos talleres en relación con las normativas de género/sexo así como su capacidad de acción dentro de los contextos en los que se producen (en este caso concreto, el de activistas lesbianas y queer residentes en Madrid). Con un carácter distinto al de los textos que lo preceden, el artículo converge, sin embargo, con ellos en el hecho de poner de relieve la energía y productividad de la teoría y del activismo lesbiano y queer y en mostrar prácticas lesbianas de resistencia.

En definitiva, aunque hubiera sido nuestro deseo contar con un número mayor de colaboraciones, creemos que estos seis artículos dan cuenta del interés académico por los estudios feministas lesbianos y queer y contribuyen a su conocimiento y a su expansión, objetivo último y destacado del monográfico.

Bibliografía

- Bersani, Leo (1995). *Homos*. Buenos Aires: Manantial, 1998.
- Butler, Judith (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversión of Identity*. London: Routledge.
- (1991) Imitation and Gender Insubordination En Diana Fuss (ed.): *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*. New York: Routledge.
- Rubin, Gayle (1975). The Traffic in Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex. En Rayna R. Reiter (ed.): *Toward an Anthropology of Women*. New York: Monthly Review Press.
- Sedgwick, Eve Kosofsky (1993). *Tendencias*. Durham NC: Duke University Press.
- Wittig, Monique (1992). *The Straight Mind and Other Essays*. Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf
- Monique Wittig y Sande Zeig (1976). *Borrador para un diccionario de las amantes*. Barcelona: Lumen, 1981.